

LA LIBERTAD DEL ESCARABAJO

Al oír los tres toques, el abuelo, que había estado espiando a través del visillo, se apartó de la ventana. En la puerta esperaba el señor marqués, el semblante torcido en una mueca torva, la boca abierta y el bastón en alto, a punto de volver a llamar. Unos pasos por detrás, el Hispano Suizo negro con el chófer. Con un gesto de espantar gallinas, el abuelo nos hizo desaparecer, “¡fuera, largo de aquí!”, y nosotros buscamos cobijo detrás del arcón.

A continuación colocó las sillas cojas, escondió la botella de aguardiente, apartó unas peladuras de patata con el pie y limpió las manchas de grasa de la mesa con unos periódicos viejos. Deslizó el cerrojo y levantó el pestillo. Al abrir la puerta, el señor marqués casi se cae al suelo. En la penumbra del umbral, los dos viejos se miraron intensamente, como perros que se encuentran en medio del camino.

Vestía el marqués de Alcántara del Cuervo un abrigo con cuello de zorros sobre un traje de chaqueta y chaleco, corbata y camisa de raso. De uno de los bolsillos del traje asomaba un pañuelo rojo, y, aunque no se veía, nosotros sabíamos que escondía una pistola bajo la chaqueta. Entró avanzando torpemente, como si llevara un cesto de huevos en la cabeza. Desde nuestro escondite vislumbramos el color amarillento de su piel, la cortinilla de pelo atravesando la calva de un extremo a otro, el arrecife de caspa que se le había formado sobre las solapas del abrigo, las manchas de huevo en la corbata, los pelos duros y canos que despuntaban de las orejas, así como el cúmulo de escamillas en torno a la nariz.

Dijo con la voz pastosa:

—Andando, viejo, no tengo todo el tiempo del mundo. A ver qué me tienes hoy.

Los pulgares del marqués se posaron en las sisas del chaleco y lanzó una mirada hacia el interior de la casa. La bola de cristal quedó inmóvil, mientras el ojo vivo, azul y transparente, recorría lentamente la estancia: una mesa y varias sillas, una estantería y el arcón. Al fondo estaba la *lareira*.

—Y date prisa. Llevo semanas comiendo como los niños de teta.

La mezcla de elegancia con desaliño, de guarrería con nobleza, no era lo peor. Ni siquiera el ojo de mentira. Lo peor de todo era el olor, que incluso llegaba a donde estábamos nosotros. Olor a sucio, a agua de fregar. Olor de carne añosa, olor a charca de rana. El marqués olía como los caracoles cuando los aplastas contra el suelo en los días de lluvia.

—Cierto, señor marqués —dijo el abuelo haciendo una reverencia—. Por eso le tengo todo preparado.

Mientras el marqués recorría la estancia observándolo todo con cara de repugnancia, el abuelo se adentró en la oscuridad de la casa y desapareció durante unos minutos. Se oyeron unas toses procedentes de la cocina. El marqués se llevó la mano a la oreja, como para escuchar mejor.

Reapareció el abuelo con una bandeja y una bacinilla de porcelana llena de agua.

—Siéntese y póngase cómodo, señor marqués de Alcántara del Cuervo —dijo indicándole una silla con la barbilla—. Con esto que le traigo, podrá usted comerse hoy mismo un caballo asado.

—He oído toses —dijo el marqués.

El abuelo no quiso mirarlo. Con ochenta y cinco años, la vida le seguía resultando un verdadero fastidio. Se había casado, había tenido hijos y luego nietos, tenía sus gallinas y su huerto de berzas, pero nada de eso le tocaba el corazón. Estaba encerrado en sí mismo, aburrido. Sólo tenía una pasión: el dinero. O mejor dicho, dos: el dinero y el aguardiente.

—¿Toses, dice? —dijo.

Sin dejar de mirar a un lado y a otro, la mano posada detrás de la oreja, el marqués tomó asiento y el abuelo dejó la bandeja sobre la mesa. En cuanto el marqués clavó la mirada en el contenido de la bacinilla, su gesto crispado se relajó. Una especie de gorjeo le subió del bajo vientre hasta la garganta, y el surco tenso de sus labios se distendió, brotando de ellos una sonrisa rígida, como arrancada de una estatua.

Una mano como una garra se desprendió entonces del cuerpo, se introdujo en la bacinilla y sacó una dentadura. Ante la mirada vidriosa del abuelo, el marqués de Alcántara del Cuervo la inspeccionó en el aire durante unos segundos. En realidad, era una inspección inútil: sabíamos que a través del otro ojo, el que no estaba muerto, no veía más que sombras. Muy lentamente, abrió la boca: aquella boca que tanto miedo nos daba. Un desagradable olor a tripas, a secretos y a complicados procesos digestivos, se propagó por la estancia; mi hermano y yo tuvimos que taparnos la nariz.

Se colocó la dentadura. Con los ojos cerrados, hacía muecas para encajarla entre sus encías, masticando como si papara moscas. Después de un rato, se la arrancó de cuajo (sonaba como cuando arrancas las raíces del tojo). Un hilillo de saliva ensangrentada colgó de su boca. El abuelo se la quitó de la mano y la lanzó a la bacinilla. Cogió otra y se la extendió:

—Pruebe con esta, señor marqués —dijo—, es de primera calidad. Y no tiene ni un solo desconchado.

El marqués se llevó la segunda dentadura a la boca. Esta vez, como tampoco encajaba, el abuelo se inclinó sobre la mesa, le metió el puño dentro y forcejeó para colocársela.

—¡Coño! ¡Si serás maricón! —exclamó el marqués sacando la mano del viejo y llevándose las suyas a los carrillos. La dentadura salió volando y cayó al suelo. El abuelo la recogió, la restregó contra la manga y la puso a flotar en el agua de la bacinilla—. ¿Es que quieres dejarme sin encías?

Desde nuestro escondite, no pudimos evitar soltar unas risitas que se mezclaron con el sonido de un nuevo ataque de tos procedente de la cocina.

—¡La tos! —exclamó el marqués, girando el pescuezo a un lado y a otro—. ¡Otra vez! Te digo que alguien tose. ¿A quién tienes escondido, viejo de mierda?

El abuelo humilló la cabeza. Cogió la tercera dentadura y se la extendió.

—No fue nada, señor marqués. Las gallinas, o los gatos, que a veces producen sonidos humanos. Pruébese esta. Ya verá como esta sí le sirve.

Volvieron a oírse las toses, esta vez más insistentes. El abuelo se puso en pie.

—Son los chicos —se excusó nervioso—. ¡Acudid, gandules!

—¿Los chicos? —refunfuñó el marqués volviéndose a sentar—. Te tengo dicho que no quiero que ande nadie por la casa cuando me pruebo los dientes.

Abrió la boca y, con la mano temblorosa, se introdujo la tercera dentadura.

—Tráeme un espejo, viejo —dijo—, y diles a los haraganes de tus nietos que ni se les ocurra aparecer por aquí.

El abuelo volvió a adentrarse en la penumbra de la casa y salió con un trozo de espejo en forma de triángulo, oxidado por los bordes. Lo puso delante del marqués y este sonrió.

—Se ve usted muy bien —le dijo.

Durante un rato, frente al espejo, el marqués se dedicó a boquear como pez en tierra, hizo todo tipo de muecas, se levantó el labio superior, le dio golpecitos a uno de los colmillos. El abuelo lo observaba con expectación, girando la cabeza a un lado y a otro para verlo mejor. El marqués dijo:

—Me aprieta, viejo. No sirve. ¿Tienes más? —Se arrancó la dentadura y la lanzó a la bacinilla.

En el semblante del abuelo se dibujó un gesto de desilusión.

—Al principio tiene que apretar un poco, señor marqués. Tiene usted que aguantar. Luego enseguida se hace uno...

El marqués le dirigió una mirada feroz.

—Todo lo que tú quieras menos levantarme la voz —sentenció.

El abuelo volvió a humillar la cabeza.

—De momento no tengo otras —dijo—. Pero si espera... Si vuelve en un par de días, seguro que le tengo más preparadas. —Bajó el tono— Tengo entendido que en una de las batidas localizaron a un grupo peligroso, señor marqués, que lleva escondido en el molino desde hace meses. Dicen que los tienen acorralados, señor marqués, y que solo...

El marqués se rascó una oreja con saña. Miles de escamitas se desprendieron de su piel y quedaron posadas en las solapas.

—Te tengo dicho que no quiero saber de donde vienen los dientes —le dijo el marqués al abuelo—. Tú me los enseñas, yo me los pruebo y, si me sirven, te los pagó y se acabó. Ahí empieza y acaba nuestro trato, ¿entendido?

El viejo hizo una genuflexión.

—Perfectamente, señor marqués.

Apoyando una mano contra la rodilla, el marqués se puso en pie. El chasquido de los huesos se confundió con nuevas toses procedentes de la cocina.

—¿Cuándo dices que tendrás más? —dijo dirigiéndose a la puerta, pero sin dejar de mirar hacia la cocina.

—Calculo que pasado mañana. Si viene usted a esta hora, las tendrá sin falta.

El marqués deslizó el cerrojo y abrió la puerta. Se giró.

—Mira, viejo —dijo—. Te voy a explicar una cosa: se avecinan nuevos y gloriosos tiempos para España, y yo voy a ocupar un puesto importante en la capital, ¿comprendes? Y para eso, tengo que tener buena presencia. Pasado mañana a esta hora estoy aquí. Como me falles, te mando a la guardia civil y les digo de dónde sacas las dentaduras.

Se quedó un rato inmóvil. Su mirada, que caía oblicua, tenía al abuelo atrapado.

—Por cierto, viejo, tus nietos, ¿no estarán un poco tísicos?

Tras estas palabras, mientras soltaba una carcajada feroz, emprendió unos pasitos y se introdujo en el automóvil, cuya portezuela abierta sostenía el chófer.

Aun tardamos un rato en salir de nuestro escondite. La carcajada nos había puesto la piel de gallina.

A las seis de la mañana todavía era de noche. Como todos los días a esa hora, el abuelo comenzó a berrear.

—¡Arriba, gandules! ¡Mamarrachos! ¡Hijos de perra!

En diez minutos, estábamos vestidos y listos en la puerta con el morral. El abuelo nos extendió los alicates.

—¿Y padre? —le dijimos—. ¿Quién le dará de desayunar?

—Ese es vuestro problema —contestó empujándonos hacia el exterior.

Despertaban los aromas del campo y ladraban los perros en la lejanía. Guiados por nuestros pies (los pies recordaban y nosotros los dejábamos caminar), recorrimos veredas y atajos. Nos metimos en los maizales, los atravesamos en diagonal y llegamos al regato.

Las aguas estaban tranquilas; en el fondo, manojos de hierbas que se deslizaban como culebras. Justo enfrente estaba la fábrica de gaseosas. Del otro lado del río, el molino abandonado. El canal del molino, que también hacía de riego de los prados cercanos, pasaba por encima del regato do Corvo. Allí lavaban la ropa las mujeres. Pero era muy temprano y no había nadie. En la oscuridad, la silueta con las aspas nos daba escalofríos. Entramos.

Atravesamos estancias vacías, cuajadas de murciélagos que pendían en racimos de las vigas de madera. Al caminar, los candiles dibujaban sombras en la pared. Por las uñas y los ojos nos entraba la carcoma y el moho.

—Ahí están —dijo mi hermano apuntando al suelo.

Estaban todos en fila, bocarriba, cubiertos de hormigas. Junto a ellos, unos colchones y restos de comida: pan seco, trozos de pera mordisqueados y latas de sardina. Se oían gemidos apagados pero, por suerte, no había ninguno de bruces ni hubo que moverlos. Las caras hinchadas, deformadas por las palizas, les conferían un extraño aspecto de animales. Nos hablaban con su sonrisa.

Revisamos los bolsillos de las chaquetas y los pantalones. Sacamos las carteras y los objetos. Miramos dentro de las bocas. “Aquí”, dije sujetando una de las cabezas; mi hermano introdujo los alicates, movió un poco de izquierda a derecha y tiró.

Amanecía mientras volvíamos: los muertos del molino despertaban en nosotros murciélagos y renacuajos.

—¡Hoy sí que llevamos un buen botín! —le dije a mi hermano.

Pero él no me contestó.

Por el camino hicimos un alto para desayunar. Justo donde nos sentamos, había una trampa de conejo vacía.

—¡Mira! —le dije a mi hermano.

Pero él seguía pensativo, cabizbajo. Con los ojos fijos en la trampa, dijo:

—¿A cuántos crees que habrá matado padre?

Me encogí de hombros.

—A muchísimos —dije.

—Si —dijo él animándose un poco— es muy valiente.

Cuando terminamos de comer, saqué de los bolsillos la pepita de oro y la medalla, y me las escondí en los carrillos. Al girarme, vi que mi hermano seguía mirando la trampa.

—Parece una dentadura —dijo.

Metí la trampa en el morral y le dije que teníamos que marcharnos, que padre tenía que desayunar. Mi hermano se entretuvo cogiendo moras; los arbustos pinchaban y salió lleno de rasguños, pero a él no le importó: a nuestro padre le gustaban mucho las moras.

Sentado sobre la piedra de la *lareira* esperaba el abuelo. Acababa de encender el fuego y el humo de las retamas mojadas subía lento y ondulante hacia el techo. Nada más vernos, se puso en pie.

—¿Cuántas? —dijo con expectación.

Uno de nosotros abrió el morral y sacó una dentadura, que puso sobre la mesa.

—¿Solo una? —dijo él.

Del morral también sacamos la trampa de conejo, dos pares de gafas, unas botas en buen estado, un mechero, varios macillos de papel de fumar y una hoja escrita a lápiz.

—¿Cuántos eran? —dijo nuestro abuelo echando un vistazo al botín.

—Ocho. Dos moribundos.

—Pobres de mierda. ¿Los rematásteis?

—Los rematamos.

—¡Qué carajo los íbais a rematar!

Lanzó la hoja escrita al fuego y metió todo lo demás en el arcón. Se guardó la dentadura en el bolsillo y nos pegó un pescozón a cada uno.

—¡Miedicas! ¡Seguro que salisteis corriendo antes de mirar bien! ¡A ver qué le digo yo ahora al marqués!

El abuelo se sentó, desinflado. Se sirvió un vaso de aguardiente, lo bebió de un trago y sacó la dentadura del bolsillo. La miró durante un rato, la volvió a guardar y clavó la mirada en el fuego. Al rato se giró y volvió a mirarnos con interés, como si hubiera recordado algo.

—¿Tenían oro? —preguntó.

Sacudimos las cabezas. Se sirvió otro vaso que bebió de un trago.

—No os creo. A ver, los bolsillos.

Sacamos las cosas de los bolsillos: los alicates, un tirachinas, un nido de pájaro, un escarabajo seco.

Cuando el abuelo se fue a dar de comer a las gallinas, pasamos a la cocina. Hicimos café con leche y desmenuzamos dentro un pedazo de pan con manteca. Lo pusimos todo sobre una bandeja, junto a las moras. Mientras uno vigilaba la ventana, el otro dio tres golpes en la pared con un bastón, corrió la alacena y sacó la piedra que tapaba el agujero. Introdujo la cabeza y gritó que tenía moras.

—Moras, padre, le hemos traído moras.

El agujero lo hicimos nosotros con nuestro padre, aprovechando el hueco del horno que ya no utilizábamos. Durante días nuestras manos escarbaron en la oscuridad, con mucho cuidado de que los vecinos no nos vieran sacar la tierra. El primer día, el abuelo también estaba en la cocina. Sentado a la mesa, bebía aguardiente en silencio, mientras sus ojos desconfiados seguían nuestros movimientos. Luego se levantó y se fue.

Mientras sacábamos la tierra, nuestro padre nos explicó que de ahora en adelante debíamos desconfiar de todos, incluso de los amigos. El vecino saludador y confidente, la mujer que siempre nos cuidó, el panadero, el maestro podían haberse convertido en delatores ávidos de ponerse a bien con las auto-

ridades. Cuando el pasadizo a lo largo de la pared estuvo listo, padre nos abrazó. Notamos sus costillas y respiramos su olor a lana húmeda. Entonces se separó lentamente, se subió a una silla y se introdujo en el agujero. Se recostó a lo largo de la pared. A partir de ese momento, ya solo vimos sus manos.

Desde entonces padre fue eso: unas manos que nos hablaban. Unas manos que nos consolaban, que nos mimaban. Unas manos que nos daban esperanzas.

Fue por entonces cuando el abuelo empezó a obligarnos a salir en busca del botín de los muertos. Al principio eran botas, relojes, gafas, cigarrillos, mecheros y cosas así las que nos hacía buscar para vender. Se corrió la voz de que el abuelo vendía de todo y venía gente a casa a comprar gafas y zapatos usados. Hasta que un día, apareció el marqués de Alcántara del Cuervo con una extraña petición. Cuando el abuelo nos dijo que también teníamos que traer las dentaduras de los muertos, nos negamos en redondo. Entoces dijo que si no lo hacíamos, nuestro padre no duraría en su escondite ni el canto de un gallo.

Volvimos a dar tres golpes en la pared y a repetir que teníamos moras, y también que el desayuno estaba listo. Se oyó un nuevo ataque de tos, y luego un hilo de voz, ¿qué hora es, hijos? Gracias, muchas gracias. ¿Qué hora es?

Por fin asomaron las manos.

Nos turnamos para cogerlas. Al tacto estaban frías como el pescado pero nos gustaban. Nos preguntaban cómo estábamos, si pasábamos hambre, si habíamos ido a la escuela. Nos decían que no nos preocupáramos, que pronto se acabaría todo y que podría salir de ahí. “Iremos juntos al monte, a merendar y a bañarnos al regato do Corvo. ¿Os acordáis de aquella nutria que encontramos un verano? ¿Os acordáis...?”

Pero esta vez las manos no terminaron de hablar. Un nuevo ataque de tos las estremeció. Era una tos blanda, esponjosa. Como si nadara en alquitran.

—Padre, tenemos que llamar al médico.

Las manos arrastraron la taza de café con leche a lo largo del pasadizo de la pared. Al rato la devolvieron casi llena. Se abrieron y depositamos las moras.

—No llaméis a ningún médico.

Con un hilo de voz, volvió a repetir aquello de que debíamos desconfiar de todos, incluso de los amigos y familiares. Por fin las manos se detuvieron; no podíamos decir si estaban manchadas de sangre o de jugo de moras.

Al día siguiente, mientras buscábamos huevos en el corral, se oyó en runoneo del automóvil del señor marqués. El abuelo lo estaba esperando y enseguida salió a recibirlo. Horas antes, había estado aplastando con los alicates los extremos de la dentadura que le habíamos traído, murmurando que era demasiado grande y que no le iba a servir, que el marqués tenía la boca muy pequeña, como todos los señoritos de ciudad.

Mientras la secaba y la abrillantaba, nos llamaba maricones, miedicas, hijos de perra, mamarrachos y cosas así. También decía que si esa dentadura no le servía al marqués, le iba a contar todo, todo sobre quién era nuestro padre, y que el marqués sabría muy bien a quién dirigirse para dar cuentas de un elemento como él. Decía que en lugar de vender dentaduras por un pacatón más le valdría delatarlo y pedir una buena recompensa. Una buena recompen-

sa es lo que le darían por un asesino como nuestro padre, que además había viajado a Rusia.

El marqués no aceptó ni un vaso de vino, y enseguida quiso probarse la dentadura. El abuelo desapareció y volvió a salir con la bandeja y la bacinilla.

Abrió la boca y se introdujo la dentadura. Aunque chirriaba como una puerta mal engrasada, le iba como anillo al dedo.

Se sintió tan reconfortado que aceptó tomar el vino y comer algo. “Para probar los dientes”, cacareó. Mi abuelo le sacó el último chorizo que nos quedaba con un poco de pan y dijo:

—Pruebe a ver, don Onesíforo, pruebe.

Ante su mirada atenta, el marqués masticó el chorizo y escupió el pellejo al suelo.

Luego se puso en pie y sacó un fajo de billetes del bolsillo. Estaba muy ufano y comenzó a decir que tenía un banquete en Noia con las autoridades para hablar sobre su puesto en la capital y que por fin iba a poder comer como Dios manda. El abuelo le dijo que era mejor esperar, que los dientes tenían que *aficionarse*, pero el marqués pareció no oírle. Lanzó a la mesa la mitad del fajo, levantó el brazo para hacer un brindis, bebió el último trago, abrió la puerta, se metió en su Hispano Suizo y se largó.

A las dos horas volvió a aparecer con la mandíbula caída, hecho una furia. Traía la dentadura rota en la mano.

Según explicó, en el banquete de Noia le había saltado al plato de otro comensal, y se había armado la de Dios es Cristo.

—Le dije que tenía que esperar un poco, don Onesíforo, que los dientes tienen que *aficionarse*—murmuró al abuelo.

El marqués lo miró atónito.

—¿Qué has dicho, viejo, y cómo me has llamado? ¡Nadie te dio permiso de que me llames por mi nombre de pila!

El abuelo dirigió la mirada al suelo.

—Nada, no he dicho nada.

—Repíte eso que has dicho. ¿*Aficio*-qué?

—Le digo que no he dicho nada.

El marqués se acercó tanto a mi abuelo que este, sin duda espantado por el pútrido olor, tuvo que recular.

—¿O mis oídos han oído mal o has dicho que los dientes tienen que *aficionarse*?

Metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó la Webley semiautomática. Se la puso al viejo en la sien y le dijo que si no le buscaba una dentadura para dentro de tres horas, lo iba a denunciar porque, aparte de rojos y comunistas, las autoridades también buscaban a los asalta muertos. *Aficionarse*, decía. Y gritaba: ¡Yo sí que te voy a *aficionar*! Por fin se volvió a meter la pistola, se marchó y la casa quedó en silencio.

Al rato apareció el abuelo en nuestra habitación, los ojos vidriosos y la nariz colorada, apestando a aguardiente. La ira le fermentaba por dentro.

—Tenéis que salir.

—¿Adónde?

Se agarró a una silla para no caer.

—A buscar.

Explicamos que no había muertos todos los días y que, aunque los hubiera, no todos tenían lo que él buscaba. Contestó que nos dejáramos de marico-

nadas, que teníamos que salir ahora mismo porque el marqués le había dado tres horas de plazo, y que si no había muertos, que nos los inventáramos.

Mi hermano se puso lentamente en pie.

—No iremos —dijo. Quedó callado. Luego añadió—: A no ser que nos consiga un médico.

—¿Un médico?

—Para padre.

El abuelo quedó pensativo. Dijo:

—Hecho.

—¿Lo irá a buscar ahora?

El abuelo se sorbió los mocos con un ruido gutural. Cimbreado un poco.

—Ahora mismo.

—¿Lo jura?

—Por mi madre que en paz descanse.

Embargados por un júbilo sordo, salimos a buscar. Durante más de una hora, el viento silbando en los oídos, corrimos como locos por los caminos, parándonos junto a los ríos, apartando las ramas de los árboles, inspeccionando las cunetas. Corrimos hasta que empezó a doler. Dolía. Dolía.

Hacía frío y nos sentamos sobre una peña. Le dije a mi hermano que ojalá hubiera pasado ya el médico porque padre no tenía pinta de resistir muchas horas más. Se quedó callado. Por fin dijo:

—Padre no morirá.

—¿Cómo lo sabes?

Mi hermano me miró; tenía esa mirada que se le ponía a veces, y que tanto me asustaba.

—Porque nos lo ha prometido —dijo.

Por fin nos levantamos y ya caminábamos lentamente hacia casa (¿qué íbamos a decirle al abuelo?), cuando oímos un disparo. Después de esperar un buen rato tras un árbol, salimos a mirar. Un hombre yacía en el camino. Junto a él, todavía en la mano y apuntando a la sien, una pistola. Mi hermano se acercó y le sacudió el hombro. Le quitó la pistola y se la guardó en el bolsillo. A continuación, le abrió la boca. Dijo: ¡Tiene! Sacó los alicates del morral y tiró de la dentadura. ¡Vámonos!

En casa encontramos al abuelo de bruces en el suelo. Al darle la vuelta, su pecho emitió un bramido atronador. Mi hermano le pegó un puntapié en el estómago.

—¿Fue usted a avisar al médico? ¿eh? —le gritó histérico.

—No hizo falta —farfulló el abuelo desde el suelo. De su pecho aún brotó una carcajada atroz.

Luego todo calló. No se oía el buho, ni el susurro de los insectos. Sólo el silencio vibrante de la sangre en las sienes al avanzar hacia la cocina, nuestra respiración. Una vez dentro, dimos tres golpes en la pared, movimos la alacena y descorrimos la piedra.

—¡Padre! —grité—. ¡Padre!

Pero no hubo respuesta.

Mi hermano se había quedado callado y quieto, junto a la puerta. En sus ojos asomaba una luz como la de la fiebre y parecía que iba a llorar, pero no lo hizo. De repente, emprendió unos pasos, se subió a una silla, se metió en el agujero y tiró con fuerza del cuerpo hasta que los brazos flacos, rígidos, queda-

ron colgando de la pared. Un aroma a lana mojada invadió la estancia. Aquel aroma brotaba de nosotros mismos, nublando nuestro cerebro y el interior de los párpados.

—Está muerto —dijo, y me sorprendió el tinte neutro de su voz.

Cuando por fin, después de tirar del cuerpo por ambos brazos, conseguimos tumbarle en el suelo, mi hermano se giró bruscamente hacia la pared. Estaba a punto de decirle que no se avergonzara, que no me importaba verlo llorar, porque yo también quería hacerlo. Entonces oí:

—Tápale la cara. No soporto ver esa sonrisa de asesino.

Un regodeo mezquino le iluminaba los ojos. Salió y caminó lentamente hacia la *lareira*.

Desde la cocina, oí el seco escupir del disparo. Corrí hacia allí. El abuelo yacía con un tiro en la cabeza.

Comencé a sollozar.

—Era malo —dije.

—Era como todo el mundo —contestó él.

A las tres horas exactas, el Hispano Suizo se detuvo ante nuestra casa. Esta vez, el marqués venía sin el chófer. Al vernos en la puerta, se quedó inmóvil. Preguntó por nuestro abuelo.

—No está —le dijimos—. Se lo llevó ayer la guardia civil.

Quiso saber por qué. Le contestamos que por tener escondido a un rojo en la casa.

—¡Lo sabía! —dijo—. ¡Las toses! En la cocina, ¿verdad? —Quedó callado. Miró hacia el interior y luego hacia nosotros. Añadió—: ¿Dejó algo vuestro abuelo para mí?

En silencio le hicimos entrar y tomar asiento. Mi hermano dijo:

—Le tenemos todo preparado, señor marqués. Ahora somos nosotros los que nos ocupamos de usted.

Se adentró en la penumbra y reapareció con la bandeja. Sobre esta, la bacenilla y el espejo.

—Le hemos buscado una dentadura que le encajará a la perfección.

Mi hermano tomó la dentadura y se la extendió.

—Es de primera calidad —le explicó—. Pero le dejamos un rato solo y usted se la prueba con calma. No queremos intimidarle.

El marqués nos miró con recelo.

—¿Cuánto os han dado por delatar a vuestro abuelo? —preguntó.

Le dijimos que a nuestro abuelo se lo habían llevado sin darnos nada, y le dejamos con la dentadura.

Salimos por la puerta de la cocina, arrastrando al abuelo por los hombros. El maletero del Hispano Suizo no estaba cerrado con llave, y no nos resultó difícil meterlo dentro.

Cuando volvimos el marqués tenía la dentadura puesta.

—No está mal —dijo haciendo muecas frente al espejo. Quedó un rato en silencio y luego nos clavó una mirada feroz: El tísico que tenía ahí escondido vuestro abuelo era vuestro padre, ¿verdad?

No contestamos.

—Yo también pude haberle delatado —prosiguió— y llevarme una buena recompensa. Incluso muerto, algo me darían.

El pecho de mi hermano emitió un rumor estremecido y suave, como el de las alas de un pájaro que se posa.

—¿Por los muertos también dan recompensa? —preguntó.

El marqués no le oyó.

—Pero entonces me quedaba sin dientes —dijo—. Y mis dientes son lo principal.

Comenzó a reír y la dentadura le saltó al suelo. Yo estaba a punto de avanzar sobre él cuando mi hermano se interpuso.

—Mi padre era un traidor —dijo— Y los traidores deben morir. Señor marqués, quiero serle sincero. Me cae usted bien. Tengo otra dentadura mucho mejor. Ibamos a reservarla para otro cliente, pero, ¿quién mejor que usted?

Se adentró en la penumbra y volvió a salir. Le entregó al marqués la dentadura y este se la puso. Le quedó tan encajada que no podía ni hablar. Mi hermano le extendió el espejo para que se viera.

Un viejo con una sonrisa de hierro y sangre. Un viejo con una trampa de conejo en la boca. Cuando el marqués se vio, se puso inmediatamente en pie. Nos miró con ojos de terror.

—Se ve usted perfecto —le tranquilizó mi hermano.

Salió con la trampa en la boca, la sonrisa inmóvil. Se metió en el automóvil y arrancó.

A la hora de cenar, mi hermano jugaba con un escarabajo que había encontrado en la huerta. Lo dejaba correr muy rápido para, de repente, cubrirlo con un bote de cristal, que al rato volvía a levantar para que el bicho saliera a la carrera. A veces lo ponía bocarriba y dejaba que menease las patitas durante un rato, para luego ponerlo derecho y dejarlo escapar brevemente. Tenía esa expresión obstinada que me daba miedo y estaba tan absorto en el juego que no me oyó decirle que teníamos que enterrar a padre.

Me miró distraído. Dijo:

—Mejor mañana. Hoy ya es tarde.

Nos dormimos abrazados, diciéndonos que nos teníamos el uno al otro y que ya no tendríamos que volver a salir al amanecer. Que al día siguiente, iríamos a bañarnos al regato y a comer moras.

Que haríamos lo que nos diera la gana.

Pero al día siguiente, me desperté muy temprano, invadido por una coñezón que me resultaba familiar: la de salir a buscar.

Pensé en levantarme sin hacer ruido para que mi hermano no se enterase, así que cogí las botas y me dirigí de puntillas a la puerta. La luz del alba se entretejía entre los árboles y se oía el ulular de los búhos. A punto de salir, tuve un pálpito extraño. Cuando me volví, no había nadie al otro lado de la cama.

Cristina Sánchez-Andrade